



Domingo Molina Sánchez de Úbeda

“El ejemplo que no cesa”

Ha muerto el maestro Domingo Molina a la edad de ochenta y nueve años, dejándonos a todos el vacío de su presencia, pero también el magisterio imborrable de su ejemplo, como hombre y como artista. Domingo Molina nació en Úbeda en 1922. Con apenas doce años ingresó en la Escuela de Artes y Oficios de su ciudad natal. Allí comenzó a recibir clases de pintura del maestro Cristóbal Ruiz —de don Cristóbal, como él mismo recuerda—. En su casa, en su ambiente, nada ni nadie podía hacer sospechar una vocación por un ejercicio, el de la pintura, tan inédito como aparentemente falto de provecho. Pero él —me confesaba hace apenas unos años— comenzó a sentirse fascinado por las imitaciones que un muchacho empleado en la Tercia (un antiguo despacho de vinos) hacía de las caricaturas que Sirio publicaba por aquel entonces en las páginas de Abc. La Guerra Civil, como un sueño triste de adolescente, le pilló en su pueblo. Tenía 14

años y las Antiguas Casas Consistoriales, donde residía la Escuela en el viejo Paseo del Mercado, habían cerrado sus puertas. Años de privación, miedo e incertidumbre. Pero Domingo continuaba asistiendo a sus talleres, prosiguiendo de un modo casi clandestino su formación en dibujo.

Acabada la contienda y con apenas 18 años, recibía de don Bartolomé Moreno, director del centro, el encargo de hacerse cargo de la clase de pintura. Él acepta y años más tarde cursa por libre sus estudios superiores en la Escuela de Bellas Artes de Sevilla. Dos cursos, cuatro convocatorias, le son suficientes para la obtención del título. Domingo Molina antes ya había conseguido en propiedad la plaza de profesor de entrada en su querida escuela.

Son los años 40 y Domingo desarrolla —como no podía ser de otro modo— sus primeras obras dentro de una tónica figurativa y naturalista. Son retratos que ya apuntan un vigor prometedor, paisajes, naturalezas muertas. Él, en Úbeda, era un pintor sin precedentes. Sin precedentes en el más absoluto sentido del término, pues en su ciudad para encontrar otro pintor tendríamos que remontarnos al siglo XIX y la romántica y legendaria figura de Pepe Elbo, quien en realidad no dejó obra en su ciudad natal. Por aquellos años triunfaban en España artistas como Zuloaga o Daniel Vázquez Díaz. Eran tiempos de aislamiento, de academicismo conservador y rígido. Pero ¿qué es ese aislamiento si lo comparamos como el clima oclusivo y espeso de una pequeña ciudad de provincias en la postguerra española?

Domingo, en su ciudad, en sus clases, en sus trabajos de pluriempleado, es un pájaro solitario (de este modo definía Gaya Nuño a Velázquez). Un prodigio de supervivencia creativa que, inevitablemente, nos recuerda la de otro pintor jiennense, Rafael Zabaleta, aislado en su Quesada tantas veces redimida a fuerza de ser soñada.

Y sin embargo, ya en la década de los 50, Domingo Molina comienza a sorprender a los pocos que pueden descubrir su obra por su originalidad portentosa. Sus dibujos, luego en muchos casos llevados al lienzo con técnica impecable, nos recuerdan a la mejor producción de un Yves Tanguy. Sus obras, tantas veces publicadas en revistas como la inolvidable “Úbeda”, nos muestran universos desconocidos y mágicos, pero a la vez verosímiles. Gracias a su arte ilusionista sus seres pintados, alucinantes, abstractos, jamás carecen de existencia material. Son obras que nos evocan también a Salvador Dalí, sin perder jamás de vista el horizonte delirante de la pintura metafísica elaborada por Giorgio de Chirico.

Junto a estos dibujos, sus paisajes urbanos nos devuelven a un pintor capaz de trascender la realidad física para convertirla en materia onírica. Los monumentos de Úbeda adquieren una naturaleza romántica, visionaria, enamorada y material a un mismo tiempo. Hablamos de una visión mítica, tiempo y espacio mitificado que, a fuerza de ser realista siempre resulta irreal.

Su dibujo es preciso, minucioso hasta lo arabesco, mas siempre mantiene el pulso vibrante de un postimpresionista. Luego, con el paso de los años, su paleta se fue haciendo más colorista y sus composiciones no quedan al margen de la poderosa influencia del movimiento cubista. Sin embargo, su cubismo, como aconteciera con ciertos representantes del mejor Futurismo italiano, nunca alcanza el grado de descomposición de la figura que podemos admirar en obra del período sintético de genios como Picasso o Braque.

Las composiciones de Domingo Molina mantienen la impronta de una figuración nunca cuestionada. Sus paisajes, sus retratos, son concretos, identificables. Más tarde, ya en la década de los 70, la obra de Domingo se hace más ecléctica, pero también más elaborada. Es la producción de un maestro. Un maestro en el antiguo sentido gremial del término, un hombre que conoce a la perfección su oficio, pero que también sabe enseñarlo.

Cuarenta y tres años de docencia han avalado su magisterio. Más de cuatro décadas infundiendo entusiasmo por la pintura, cariño por el trabajo bien hecho. Son varias las generaciones de ubetenses que lo quieren y admiran, porque allí, en el clima entrañable y familiar de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos recibieron su primera formación pintores como A. Camprobi, A. Lechuga, Nicolás de La Torre, y tantos otros. Gentes de mi generación para los que Domingo Molina es un icono paternal y respetado.

Algunos que lean este texto tal vez piensen que exagero. Otros incluso de atreven a decirlo. Es igual, pues a todos les asiste el derecho de opinar y mantener sus propias creencias. Muchos pensarán que mis palabras están medidas en la cuna de la amistad. Y es verdad. Yo admiro a Domingo Molina y siento por él un extraordinario afecto. Pero este afecto surgió del conocimiento de su obra, del descubrimiento de su calidad humana, humilde y generosa. No a la inversa.

Hoy, cuando me llega la noticia de su muerte, siento más que nunca la alegría de haber compartido su amistad. Y un eterno agradecimiento por sus silencios, su trabajo y su presencia durante una larga vida.

Por Arsenio Moreno Mendoza Universidad Pablo de Olavide. Sevilla.